

EDUARDO GIL BERA

ATRAVESÉ
LAS BARDENAS

BARCELONA 2017



A CANTILADO

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by Eduardo Gil Bera

Este libro ha sido negociado a través de
Ute Körner Literary Agent, S. L.,
Barcelona – www.uklitag.com

© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-41-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 7522-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL AÑO DEL FRÍO

En febrero de 1956 vivía en Mérida un joven llamado Dámaso Torrentera. Aquél fue el mes de febrero más frío que nadie recordaba. Por la noche, la temperatura bajaba hasta quince grados bajo cero, y durante el día el sol no llegaba a deshelar los charcos. Torrentera sufría congelación en las manos y no dormía con los demás presos. Tenía permiso para pernoctar en una corraliza más cerca de Mérida e ir al médico.

Llegaba al pueblo caminando por la tierra crujiente por el hielo y se paraba, envuelto en su manta, ante la casa del señor Yaben, que le hablaba desde la ventana.

—¡Entra!

—No...

—¿Has ido al médico?

—No. Ahora voy.

—¿No vas entrar? ¡Entra!

Torrentera negaba con la cabeza, sin contestar.

—Pues anda al médico.

Cada mañana de aquellos días glaciales, se repitió la escena. Torrentera se detenía ante la casa del señor Yaben, que le invitaba, pero el joven preso nunca entró.

Se produjo las lesiones de congelación en las manos durante la extinción del incendio de la fábrica azucarera de Tudela, cuando los presos que trabajaban en la construcción del poblado de colonización de Rada fueron trasladados para luchar contra el fuego. Fue idea de Yaben, siempre empeñado en conseguir beneficios de redención para sus presos.

AUNQUE NEVABA Y LLOVÍA

El incendio de la azucarera de Tudela era gigantesco, los almacenes con millares de sacos de pulpa ardían cerca de los depósitos de alcohol, y había que evitar la gran explosión que pondría en riesgo muchas vidas. Entretanto, las cañerías de la fábrica habían reventado por las bajas temperaturas. Los presos hicieron prodigios de valor, igual que los bomberos.

Como forma de entrar en calor, se distribuía coñac a discreción. El frío era tan intenso que cada media hora había que llevar al botiquín a turnos enteros con síntomas de congelación o asfixia. Por fin, el sexto día vencieron al fuego, pero no al frío, que continuó todo el mes.

Hasta que una mañana más templada, Torrentera se paró ante la casa de Yaben al volver de la consulta, levantó la mano vendada y dijo:

—¡Señor Yaben! Ha dicho el médico que pasado mañana me dan el alta.

—¡Muy bien!—contestó Yaben—. Estoy muy satisfecho de tu conducta. Es muy probable que podamos hablar de la redención total de la pena. Sólo faltan algunos trámites. Pronto tendré noticias...

Pero ese día no le invitó a entrar. Y Torrentera temió haber perdido su favor. ¿Qué importaba el alta médica y la redención de la pena si el señor Yaben no le invitaba más a su casa?

EL SEÑOR YABEN

Manuel Yaben trabajaba como ingeniero del Instituto Nacional de Colonización. Además, era el mayor propietario rural de la comarca y el más afectado por las expropiaciones del gran plan de colonización que preveía construir nuevas poblaciones en lugares hasta entonces ocupados por el páramo de las Bardenas.

El propio Yaben redactó el proyecto para la llamada subzona Bardena Norte, donde se iban a construir siete nuevos pueblos de colonización, y no sólo decidió la expropiación forzosa de sus propias fincas, sino que se adjudicó la dirección de obra. Acudía desde Mérida a las diversas obras, conduciendo su poderosa furgoneta DKW azul, y dirigía cimentaciones, acequias y nivelaciones.

En 1956, el pueblo de Rada no era más que una veintena de zanjas en medio del desierto de arcilla, cascajo, yeso y sal. Se encontraba lejos del agua, de las carreteras y de las líneas eléctricas.

Yaben escogió el lugar con un compás, lo abrió sobre el mapa a cinco kilómetros justos de su casa de Mérida, y decidió construir el pueblo en el carasol de tres montículos que lo abrigarían del cierzo.

Era admirable verle ordenar el nacimiento de las cosas, que parecían surgir allá mismo, obedeciendo a sus palabras. Trazaba un círculo en el aire y decía:

—Aquí va la plaza.

Todos los presentes, delineantes, capataces, peones y presos, imaginaban una hermosa plaza con porches. Avan-

AUNQUE NEVABA Y LLOVÍA

zaba unos metros, se paraba junto a unas matas de esparto, señalaba al frente y profetizaba:

—Ahí estará la iglesia.

Y casi podían ver cómo sería la torre clara y esbelta, con su campana. Yaben se daba la vuelta y seguía:

—En ese lado, el ayuntamiento, pegante a la calle mayor.

Ellos se veían maravillados en medio del futuro pueblo, cuando Yaben tendió su mano poderosa hacia la parcela de la derecha y exclamó:

—¡Y aquí se hará la plaza de toros!

Al oírle, todos, presos y libres, estuvieron por decir olé. Y entonces anunció Yaben:

—Veinticinco metros de diámetro de redondel, será una bonita plaza, sí, señor.

Y entretanto hacía clavar estacas y marcar zanjas, y los presos las abrían a pico y pala. Señalaba bancadas para los caminos y las acequias, y los presos machacaban piedras con las mazas y las repartían con capazos y carretillas. Pero lo más grande era que Yaben decía:

—De allá vendrá el agua.

Al decirlo, señalaba hacia las Bardenas. ¡Justo donde jamás hubo agua! Los presos abrían canales, túneles y sifones para el agua que vendría de un sitio nunca visto, y que ellos tampoco verían.

El plan era que luego vendrían colonos, gente distinta, seleccionada por su superioridad, para levantar las casas y vivir en ellas. Los presos continuarían con sus penas y re-denciones en otra parte.

TORRENTERA

Se llamaba Dámaso Torrentera porque el cura del hospicio de Calatayud le puso el nombre del santo del día en que fue encontrado en la torrentera que baja del cerro Bambola.

A los tres años, tuvo el accidente con el carbón al rojo que se metió en la boca como si fuera una golosina. Se abrasó la lengua y los labios, todos pensaron que quedaría deformado y nadie lo querría, pero se arregló bastante, aunque no habló hasta los siete años.

Fue aprendiz de soguero, como los demás hospicianos que nadie adoptaba, y luego, como tenía buena letra y sabía hacer cuentas, lo pusieron de repartidor de la leche de Cáritas en la calle Marcial. Picaba las cartillas de racionamiento y llenaba los cazos y las botellas de las mujeres pobres, que reñían por su puesto en la fila, por la nata y por la espuma.

Torrentera no era hablador, y se concentraba en que sus litros fueran imparciales y tuvieran siempre la misma cantidad de leche, pese a los constantes gritos y reclamaciones.

Cuando la superioridad cerró el hospicio, Torrentera pasó al reformatorio de Zaragoza. Por entonces, los muchachos redimían trabajando en las huertas de los frailes. Pero aquéllos considerados más formales, o que no habían cometido grandes crímenes, se incorporaron como aprendices y pinches de obra en las labores de limpieza y revestimiento del canal de Tauste.

En atención a su prestigio como repartidor de leche, a Torrentera lo pusieron de listero. Recorría los tajos con la relación del personal y pasaba lista varias veces al día para controlar la presencia de los trabajadores. Así creció, y se

AUNQUE NEVABA Y LLOVÍA

convirtió en un mozo de ojos grandes y oscuros, tez sonrosada y expresión seria.

Un día vio a un capataz que maltrataba a un compañero del reformatorio. Torrentera le empujó con fuerza para evitar que siguiera pegando al muchacho, que se tapaba la cara con las manos. El capataz cayó al fondo del canal, con tan mala fortuna que se golpeó en la cabeza y falleció.

LA CONDENA

La sentencia estableció que Torrentera había arremetido a traición contra un caballero mutilado de guerra. En junio de 1952 ingresó en la prisión del Tamarigal, en Tudela, para cumplir una condena de doce años.

Los presos del Tamarigal hacían ladrillos en una tejería de Tudela. Era un sistema de redenciones tan abusivo que hacía pensar que no redimirse era mucho más rentable, pero a nadie se le preguntaba si quería o no hacer ladrillos. Por su parte, las presas de Lodaes tenían que coser sacos, igual de forzadas.

Con su sentido de la justicia y la exactitud, Torrentera agravó su situación. Apuntó jornadas y turnos ladrilleros, echó en falta días de redención, hizo una reclamación, y como respuesta lo castigaron a extraer arcilla de Canraso.

Tenía que cavar y cargar capazos de arcilla, solo, en lo más profundo de un barranco durante jornadas matadoras. De noche, en la celda de aislamiento, soñaba que nunca saldría del barranco. De día, quería pensar que alguna vez pasarían los años.

¡DÁMASO!

Pero muchas veces desesperaba. La víspera del día de Reyes de 1954, una mañana fría en que Torrentera deseaba morir, apareció Yaben en lo alto del Canraso, a bordo de su furgoneta DKW azul.

—¡Dámaso! ¡Dámaso!

La voz retumbó largamente en las honduras del barranco de donde Torrentera sacaba la arcilla.

Y él lo oyó, pero no pensó que le llamaban a él, porque nadie le había llamado así nunca.

—¡Dámaso! ¡Ven aquí!—ordenó Yaben.

Pero Torrentera no se movió. Entonces el funcionario de guardia se acercó y le dijo:

—¡A ver, Torrentera! ¡Que te llama el señor Yaben!

Y Torrentera no sabía qué hacer. Seguía quieto, con la pala en la mano, mirando arrobado hacia arriba.

—¡Sube! ¿No ves que te llama? Sal de ahí y sube a donde está él—le dijo el funcionario.

Yaben había llegado con su furgoneta por la plana de Canraso hasta el borde del barranco donde trabajaba Torrentera, y éste tuvo que trepar por la pendiente. Cuando llegó arriba y vio a Yaben enmarcado en la ventanilla de su reluciente DKW azul, Torrentera recordó sus manos sucias y sus botas rotas, y se paró con la vista baja.

—¡Entra!—dijo Yaben.

Y Torrentera negó con la cabeza, sin levantar la mirada.

—Entra, hombre, que te quiero hablar.

Yaben sonreía ante la obstinación de Torrentera.

—Bueno, estate ahí si quieres y escucha: ya he visto la

¡DÁMASO!

injusticia y he leído tu queja. Hoy mismo os van a trasladar a Rada. Allá vamos a construir un pueblo, y redimiréis como es debido.

Pasó un instante hasta que comprendió, y entonces Torrentera pensó que podría replicar:

—¿Construir un pueblo nosotros? ¿Cómo vamos a construir un pueblo si somos presos que no saben nada?

Pero, antes de acabar de pensarlo, ya lo había dicho, y se asustó de sus propias palabras. Entonces dijo Yaben:

—Yo estaré con vosotros y os mandaré lo que hay que hacer.

Sonrió, arrancó la furgoneta, saludó con la mano y se fue. Un instante después, la hermosa furgoneta azul había desaparecido entre el polvo de la plana de Canraso. Torrentera la siguió con la vista hasta que las lágrimas le arrasaron los ojos. Iba a cumplir veinte años, y nadie en su vida le había saludado así, con la mano y sonriendo.

Aquel mismo día trasladaron a Torrentera y otros diez presos, por carreteras y caminos rurales, hasta el páramo donde Yaben había decidido construir Rada.

Las primeras noches durmieron bajo un remolque, luego levantaron un cobertizo y una cocina. Al principio, pensaron que Rada sería otra tejería, pero cuando vieron que se trataba de hacer un pueblo, que ellos llevaban al terreno lo trazado en los planos, y que sobre el laberinto de zanjas se alzarían plazas y casas, y vivirían familias libres, empezaron a admirar a Yaben.

También había trabajadores que no eran presos. Éstos aspiraban a obtener la cartilla de colono, de modo que tenían a Yaben por una autoridad de la que esperaban un bien, y se mostraban ansiosos y serviles.

En cambio, los presos sacados del batallón de castigo, que no esperaban nada, estaban contentos, escuchaban ad-

AUNQUE NEVABA Y LLOVÍA

mirados sus explicaciones de cómo sería Rada y, aunque ellos no lo verían, amaban aquel pueblo que estaban haciendo.